

dar cabida sino a las lenguas y
 tivas, esto es, matemáticas y ex-
 , por consiguiente, no cabe tam-
 r distinciones en cuanto a sexos
 tmética, la química, la gramática,
 San José y en Liberia, y cuales-
 i condiciones o circunstancias mo-
 scolares.

* * *

de hoy, 2 de marzo, — escribe un
 rio íntimo — llevaron a matricular
 lica a la mayor de mis nieteci-
 abatido. ¡Es tan triste el recuerdo
 escuelas primarias de mi tiempo!
 de la escuela no permite percibir
 da de los niños sensibles y tímidos,
 afligirse, me dice una vecina: las
 son como las de antes. — Lo sé;
 ue las de antes? Las cargas es-
 ue las de antes? Las cargas es-
 rado; pero se han multiplicado
 educativo, esas minucias peda-
 gotan a los maestros bien inten-
 o fastiman a los niños sensibles
 haya de procederse a tuertas y
 simple, más juiciosa, más ino-
 de instruir que la de educar. Sí,
 ble de que quieran «educar» a
 te me tiene en un temblor».

* * *

escuela nueva a una escuela que
 eau? Los más grandes descubri-
 gía se han hecho después de
 ogía es la única base seria de

la pedagogía. ¡Ni qué ha de atinar un maestro que
 no ha recibido ninguna cultura universitaria propia-
 mente dicha! Sin fisiología no hay pedagogía. Sin
 física no hay fisiología. Sin matemáticas no hay física.

El maestro que se propone únicamente *instruir*,
 educa positivamente y no corre más riesgo grave
 que el de recargar de conocimientos a sus alumnos.
 Ahora bien, esta recarga mental ya no nos asusta
 hoy como hace 50 años. Los fisiólogos nos han de-
 mostrado que el cerebro es uno de los órganos más
 resistentes y quizá el que menor alimentación exige
 para sus trabajos.

El eminente sabio inglés Arthur Keith sostiene
 que un cerebro como el de Shakespeare no necesita
 de más de 1 gramo de azúcar para hacer un poema
 como los de Shakespeare.

En cambio, el maestro que se propone *educar*, ca-
 reciendo de luces para ello, se encuentra abandonado
 a sus dotes personales, frente a un teclado complejo
 que nadie sabe todavía tocar a la segura, y corre el
 riesgo de echar a perder para siempre la salud—o la
 felicidad, que es lo mismo del niño puesto a su
 cuidado: ¡tantos y tan graves son los desórdenes
 fisiológicos que las emociones provocan en los ór-
 ganos en que ellas terminan, por un mecanismo de
 reflexión!

* * *

Después de estudiar la historia de varios tarta-
 mudos, el Dr. Knight Dunlap, de la Universidad de
 John Hopkins, ha llegado a la conclusión de que la
 falta de carne en la alimentación de los niños, los
 predispone a la tartamudez. Los niños pueden comer
 carne desde la edad de dos años.

* * *